

Barasson no tenía amigos: los que le servían era por el interés.

Únicamente el cartero y Barasson habían quedado convencidos de que todo el mundo se engañaba respecto al condenado.

El cartero porque había notado la molestia que su presencia había causado en los habitantes de La Boca del Lobo, Barasson por los argumentos contundentes de que había sido objeto.

Juan, cuando volvió á casa de los Morard, empezó á ocuparse, en sus ratos de ocio, de buscar á Teresa, pero pasaron algunas semanas sin que pudiese averiguar nada. Sin embargo, estaba persuadido de que Teresa existía y de que era ella la joven salvada por el desconocido. ¿Pero por qué guardaba ella tanto silencio?

He aquí lo que pasaba.

#### XIV

#### Renacimiento.

Teresa había luchado horriblemente entre la vida y la muerte, que se la disputaron durante largas semanas de angustia para los que la rodeaban y de sufrimientos para ella.

La aquejaba una de esas enfermedades terribles que el vigor del enfermo y la ciencia de los médicos consiguen difícilmente vencer.

Era mediados de setiembre.

Una mañana el doctor Villiers, el amigo del marqués de Sauves, de pie al lado del lecho de su cliente, la contemplaba con mirada dulce y profunda, en la que se reflejaba la bondad de un alma indulgente y tranquila.

Enfrente del doctor, del otro lado del lecho, estaba el marqués.

Entre ellos, con la cabeza sobre la almohada, y tan blanca como el lienzo que la cubría, dormía la joven tranquilamente.

Acababa de cerrar los ojos, después de haber contestado á las preguntas del médico.

—¿Y bien?—preguntó el marqués con voz en que se veía el interés que tenía por la enferma.

El médico hizo un gesto de incertidumbre, pero que indicaba, sin embargo, un principio de esperanza.

—Va bien—afirmó.

—¿Está fuera de peligro?



—Tal creo.

—¿No podéis afirmarlo?

—Todavía no... Tal vez me atreviera, pero no quiero dar esperanzas que pudieran resultar fallidas. La razón ha vuelto, y esto es mucho... La salud vendrá en seguida, así lo espero... ¡Pero qué crisis tan terrible!

Extendió su mano hacia la enferma, y dijo en voz baja:

—¡Vámonos!

Salieron á la habitación inmediata, cuya puerta estaba abierta.

Allí preguntó el joven.

—Vamos á ver, doctor, ¿qué nos queda que hacer?

—Poca cosa, dejar obrar á la naturaleza, usar tisanas, refrescos... remedios anodinos, casi nada... Después será preciso alimentarla, que recobre fuerzas. Gracias á su juventud creo que no hay nada que temer.

—¿Puedo preguntarla?

—Sí, pero con muchas precauciones.

—Debo prevenir á su familia...

—Cuanto antes mejor.

—Y para prevenirla es preciso primero conocerla: Esta noche ha sido la primera que ha pasado sin delirio... Ha hablado de su madre delante de Rosa... Yo hubiera querido estar aquí...

—Nada se ha perdido... Pregúntala... con cuidado.

El doctor se dispuso á salir.

—¿Cuándo volveréis?—le preguntó el marqués.

—En cuanto me llames... De todos modos mañana por la mañana... Felizmente ya no es indispensable mi presencia.

Cogió su sombrero y salió.

Entonces el marqués se volvió hacia una mujer de edad que dormía tranquilamente en un rincón, sentada en una ancha butaca.

Rosa—la dijo, después de despertarla.—Id á descansar algunas horas. Si preguntan por mí envid á buscarme.

—Está bien, señor marqués.

Cuando se quedó solo, el marqués entró de puntillas en el cuarto de Teresa, y se acercó al lecho.

La enferma seguía durmiendo.

Su pecho no tenía ya los sobresaltos horribles y los peligrosos accesos de que había sido presa los días anteriores.

Su aliento pasaba por entre sus labios descoloridos con la calma y la regularidad de el de un niño.

Pero estaba mortalmente pálida.

Sus cabellos esparcidos, formaban á su lívido rostro una aureola abundante y rubia.

El marqués la contempló con atención largo rato.

Después se recostó en una butaca que había á la cabecera del lecho de la enferma, y se quedó pensativo, hasta que un movimiento de Teresa le sacó de sus meditaciones.

Se volvió hacia ella en seguida.

Teresa abrió los ojos.

Se encontraron con los del marqués.

Desde que Teresa estaba bajo la custodia del



marqués se había repetido varias veces esa misma casualidad; pero nada, hasta entonces ella no se había dado cuenta.

No sucedió lo mismo esta vez.

La mirada de la joven expresó una admiración profunda. Al mismo tiempo murmuró:

—¿Dónde estoy?

—Estáis en vuestra casa.

Teresa examinó con desconfianza aquella vasta habitación de muebles sencillos, pero nuevos.

—¡No, no!—dijo.—¡Eso es imposible! Me engañáis.

Y añadió, poniéndose colorada por la emoción:

—Por delicadeza, por bondad sin duda.

Trató de incorporarse, y como estaba muy débil, la cogió el marqués y la apoyó sobre la almohada, con el cuidado que pudiera tener un padre por su hija.

Entonces Teresa puso su mano, que estaba casi diáfana, sobre su frente, como para fijar en ella los recuerdos que se la escapaban.

—Vamos á ver—dijo.—¿Qué es lo que ha pasado?

—Voy á decíroslo.

—¿Vos?

—Escuchadme y no hagáis ningún esfuerzo. Eso sería imprudente... El médico lo ha ordenado así... Yo voy á ayudaros... ¡Erais desgraciada!...

—¡Oh, sí!

—Pues bien, eso ya ha concluido. Ya no lo seréis. Os lo aseguro.

Teresa preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Unos cuantos días.

—Eso es vago... Exactamente, os lo suplico.

—Yo no lo sé... Pocas semanas.

—¿Cómo he venido?

No esperó la contestación.

—¡Ah! sí—dijo,—ya me acuerdo... yo quería concluir con mi vida... Tenía demasiadas penas... Me arrojé al Sena... en el Puente Real... ¿Es verdad?

—Es verdad.

—¿Y después?

—Yo os había visto ya... una vez.

—¿Dónde?

—En el bosque de Fontaine.

Teresa murmuró estremeciéndose.

—¡Ah! sí... Fontaine.

—Yo pasaba por casualidad por el puente Real... Os reconocí... Luchabáis con el agua. Ibáis á desaparecer... ¡Os salvé!

—Ya lo habíais hecho... en otra parte...

—Es verdad.

Teresa pareció volver á ver todo aquel pasado que hasta entonces no se la aparecía más que confusamente.

—Después—dijo,—me trajistéis en vuestro coche, diciéndome que no me devolveríais la libertad hasta que hubiese prometido renunciar á mis tristes ideas... Luego... no se más.

—Esperad, yo voy á hablar por vos.

Teresa fijó en él sus ojos sombríos, agrandados por la extrema delgadez de su pálido rostro.



El marqués repuso:

—Las fuerzas de una joven como vos tienen su límite. Al llegar aquí fuistéis presa de una fiebre que os quitó la facultad de pensar. Durante largo tiempo habéis necesitado grandes cuidados...

—¿Quién me ha cuidado? *yo*

—Amigos cariñosos, el doctor Villiers... yo...

—¡Vos!... ¿Por qué?... ¿No me conociais?

—Sí, puesto que he tenido el honor de salvaros dos veces. ¿Podía abandonaros después?

—¿He estado en peligro?

—No sé si ha habido verdadero peligro; pero en todo caso ya ha desaparecido.

A la imaginación de Teresa acudió una nueva idea y preguntó:

—¿En qué mes estamos?

—En setiembre.

—¿Ya? ¿Qué día?

—El 14, creo...

—Pero entonces — exclamó, — hace mucho tiempo que mi madre y mis hermanos deben creerme muerta... llorarme...

—¿Vuestra madre?

—Sin duda.

—¿Se llama?

—¿Ignoráis su nombre?

—No lo habéis pronunciado nunca delante de mí.

—¿Y el mío?

—Tampoco lo sé.

La enferma pareció buscar en sus recuerdos, y dijo lentamente:

—Es verdad... vos no lo habeis preguntado.

Me llamo Teresa.

—¿Teresa que...?

El marqués tenía entre sus manos la mano izquierda de la joven.

Sus ojos estaban fijos en la enferma.

Teresa murmuró en voz baja, como si aquel apellido hubiese estado maldito:

—Teresa Montarón.

El marqués pareció sorprendido, y preguntó.

—¿Montarón, decís?

—Sí.

—¿No vivíais en Sologne antes de venir á París?

—Sí.

—¿Cerca del castillo de la señora de Corbiere?

—Sí.

Teresa añadió con un poco de orgullo:

—Cerca del castillo de la Ferté Montarón.

El marqués no insistió.

Había comprendido todo.

Aquella á quien había arrancado dos veces de la tumba era la heroína del drama en que su amigo, el capitán Rolando de Corbiere, el hermano de Fernanda, había encontrado la muerte.

Era también la heroína de un proceso célebre cuyos detalles estaban impresos en su memoria.

¿No debía tener mil razones para despreciarla, para odiarla?

Teresa no leyó en la cara del marqués más que una inmensa piedad.



Como el marqués callaba, Teresa se puso pálida y estuvo á punto de desmayarse.

Su cabeza cayó sobre la almohada y sus ojos se cerraron.

El señor de Sauves la cogió entre sus brazos y murmuró á su oído algunas frases cariñosas que la reanimaron.

Teresa murmuró:

—Yo creía que ibais á odiarme.

—¡Yo... ¿Por qué?

—¿Me permitís escribir á mi madre?

—No puedo. Ya habéis hablado demasiado...

Es preciso evitar toda fatiga...

Y añadió con una sonrisa llena de bondad:

—Pero yo puedo servir de secretario... escribiré por vos.

Teresa le dió las gracias con una mirada tan dulce, que el marqués estuvo tentado á poner sus labios sobre la frente de su protegida.

Pero resistió á la tentación y se contentó con oprimir sus manos con una ternura infinita.

Pasó á la habitación inmediata, escribió unas cuantas líneas y volvió á leérselas á la enferma:

«Señora.

»La casualidad me permitió, hace algunas semanas, acudir al socorro, de una joven desesperada que no merecía ciertamente, encontrarse en el estado á que tristes circunstancias la han reducido.

»Quise completar mi obra de salvación haciendo que la trasladaran á una casa vecina de

la mía, donde se han tenido con ella todos los cuidados que una larga y penosa enfermedad, consecuencia de las penas que ha tenido, exigía.

»Gracias al grandísimo interés que se ha tomado por salvarla, uno de mis amigos el doctor Villiers, miembro de la Academia de Medicina, está hoy fuera de peligro y entra en convalecencia.

»Hasta hace un instante no he sabido como se llama.

»No hubiera sido prudente preguntárselo antes.

»Me apresuro pues á escribiros á fin de tranquilizaros y al mismo tiempo os ruego creais en mis más respetuosos sentimientos.

» MARQUÉS HUBERTO DE SAUVES.

*Calle de Anjou.»*

Teresa la escuchaba con los ojos llenos de lágrimas.

Por fin murmuró:

—¿Cómo demostraros mi agradecimiento?

—Teniendo ánimo y curándoos...

La tocó la frente y añadió:

—Sobre todo de vuestras tétricas ideas...

¿Por qué desesperar?

Y, inclinándose, muy cerca del oído de Teresa añadió:

—En adelante no temais nada. ¡Aquí estoy yo! Y ahora basta de hablar. ¡Descansad! ¡Cerrad esos hermosos ojos!... ¡Dormid!... ¡Yo lo quiero!



XV

*Juan Montarón á su hermano Guillermo y al vizconde de Fleuse, hotel de Halifax, Brisbane (Australia.)*

«Queridos amigos.

»Tengo que anunciaros un feliz acontecimiento.

»Hemos encontrado á Teresa, y á Dios gracias, creo que no volveremos á perderla más.

»Nuestras esperanzas no nos engañaron.

»Hace tres días recibió nuestra madre una carta del marqués de Sauves, futuro de Fernandá de Corbière.

»En esta carta participaba el marqués á nuestra madre que Teresa estaba en una casa de la calle de Anjou, adonde él la había hecho trasladar, después de haberla salvado de una muerte cierta, pues se había arrojado al Sena desde el puente Real, y el marqués se arrojó al agua, consiguiendo sacarla con un valor admirable, y que después de una larga enfermedad que no había permitido interrogarla, acababa por fin de saber cómo se llamaba, que se apresuraba á calmar las inquietudes de la familia informándola de que la enferma estaba ya fuera de peligro.

»No se podría proceder con más valor, delicadeza y generosidad que lo ha hecho el marqués de Sauves.

»Todos estos detalles los debo á nuestro buen amigo el cazador de topos.

»Al recibir la carta nuestra madre, quiso salir para París y venir á buscar á Teresa; pero está enferma ella también.

»Temen un ataque de parálisis que afortunadamente no se ha presentado aún.

»Está mal de la vista y casi sorda.

»Pedro la decidió á quedarse, y como él no podía venir, porque está en la fuerza de los trabajos, decidieron que viniera el cazador de topos.

»Ha llegado hace dos días, y podéis figuraros lo feliz que he sido al saber por él lo que os escribo, porque aunque yo trataba de animar á los demás, estaba preocupado porque el silencio de Teresa me parecía inexplicable.

»La misma noche que llegó el cazador de topos, fui con él á la calle de Anjou.

»Yo deseaba mucho entrar con él en la casa, pero no me atreví, temiendo que la sorpresa de verme perjudicara á la enferma; entró él solo y tuvo la dicha de verla.

»No había al lado de ella más que una mujer anciana, muy atenta, que se retiró á la habitación inmediata, dejándole solo con Teresa.

»La entrevista fué conmovedora.

»Teresa lloraba de alegría, y el pobre viejo no estaba menos emocionado que ella.

»Teresa está muy débil aun y no puede levantarse.

»Ha estado á punto de sucumbir á causa de una fiebre cerebral de las más peligrosas y tenaces.



»A fuerza de muchos cuidados, han conseguido salvarla.

»Es al marqués á quien debemos esto.

»Nuestro amigo se separó de ella á cosa de las once, y al marcharse la dejó tres billetes de cien francos debajo de la almohada.

»Ella no los quería, pero la obligó á aceptarlos.

»Antes de dejarle salir le hizo prometer que volvería al día siguiente y que le acompañaría yo.

»La he visto ayer y hoy.

»¡Qué alegría para mí!

»Nos contó todo, sus miserias, sus dificultades para encontrar un empleo, la imposibilidad en que se encontró de conservarlo, aun haciendo más que lo que era su deber.

»Tiene un hijo y este hijo se llama Rolando, como su padre.

»Por un singular capricho de la suerte, el niño lo tiene una nodriza que vive en un pueblo cerca de una de las posesiones de su odiosa abuela, en las inmediaciones de Rambouillet.

»Lo importante es que ella vive.

»El pobre cazador de topos está loco de contento.

»Os he dicho mi aventura con ese canalla de Barassón en el bosque de la Ferté.

»Nuestro amigo me ha contado lo que se dice en el país respecto á ella.

»Barassón fué á quejarse al juzgado de Romorantin y allí le trataron de visionario; le recibieron muy mal.

»El cazador de topos se encontró con él uno de estos días y le dijo:

»—¡Habéis soñado, Barassón!... Eso es lo que todo el mundo piensa.

»El otro rechinó los dientes y se marchó diciendo:

»—Al freir será el reir.

»Ahora ya me importa poco todo lo que pueda decir ó pensar.

»He aquí nuestros asuntos en mejor camino.

»He visto por vuestra última carta que tenéis confianza en el porvenir.

»Marcelo está bien colocado, y ha enviado á casa algún dinero de sus ahorros.

»Si nos quedan enemigos entre los Corbiere, también tenemos amigos, puesto que la deuda porque nos iban á echar de nuestra finca está satisfecha, al menos por un plazo que nos deja descansar.

»Veo, en fin, que nadie piensa en ocuparse de mí, y que el mismo Robinier me cree muerto.

»Hasta muy pronto, queridos amigos, y ánimo.

»Una vez hallada Teresa y arreglados nuestros asuntos, gracias á la buena hada cuya misteriosa protección se ha extendido sobre nosotros, nada impedirá que me una á vosotros.

»Tengo muchas esperanzas y os abrazo como á hermanos.

»JUAN.»



*Fernanda de Corbiere á Juana de Reville, en el castillo de Reville, por Cherbourg (Mancha).*

«Interlaken 12 de setiembre.

»Mi querida Juana:

»Estoy en deuda contigo y puedes agobiarme á reproches; pero no podrás imaginarte cuán perezosa me ha hecho la Suiza, y las dificultades que se presentan para ponerse delante de una mesa y de una hoja de papel cuando hay tantas cosas bonitas, rientes ú horribles y magníficas, sin embargo, que admirar.

»Reservo mis descripciones para el día en que volvamos á vernos, el que no tardará mucho.

»Ciertamente, querida amiga, que tú no irás al altar sino escoltada por tu compañera de infancia, que hará votos por tu felicidad.

»No tendrá nada de particular que yo tenga que confiarte muy pronto otra boda, que te sorprenderá, como me ha sorprendido á mí misma.

»Creo que puedo, bajo el sello del secreto, anunciártelo desde hoy.

»Tú ya sabes con qué ligereza burlona hablaba mi hermano Gabriel de esa institución que sirve de base á la familia y á la sociedad entera.

»¡Cuántas veces ha hecho delante de nosotras el juramento de morir soltero!

»Te acordarás de esto. Pues bien, cuando llegué á Interlaken, me esperaba en la estación.

»Me abrazó con la mayor cordialidad y me condujo al hotel.

»Querida Juana, Gabriel es de esas personas que previenen en contra á primera vista; pero que una vez que se le trata, se ve que es bueno. ¡Qué delicadeza de sentimientos y qué caluroso afecto!

»¡Es un fuego que se encubre bajo la ceniza!

»Vivía en el hotel de la Metrópoli. Mi habitación estaba cerca de la suya, y tenía un gabinete al lado para mi doncella.

»Gabriel no tenía con él más que al viejo Dubois, su ayuda de cámara y un poco su confidente, creo.

»A partir de mi llegada, han pasado los días como relámpagos.

»Durante quince días hemos recorrido los alrededores de Interlaken, que abundan en paisajes maravillosos, en torrentes, en ruinas pintorescas, en cascadas y en panoramas de toda especie.

»No te recordaré los nombres de todos esos sitios, porque los conoces tan bien como yo, puesto que tu madre los adora y que tú la has acompañado varias veces cuando ha venido á él.

»Prefiero hablarte de una circunstancia en que me fijé á los dos ó tres días después de mi llegada.

»Yo veía en el hotel, en la mesa, en el casino, en el paseo, en fin por todas partes, á una mujer joven que el azar ponía con infatigable constancia en nuestro camino.

»No es muy alta, pero tiene el talle más bo-



nito del mundo, facciones de una finura admirable y ojos soberbios.

»Su color deslumbra.

»No tardé en apercibirme de que los ojos de Gabriel se volvían á menudo hacia ella.

»No era él solo el que la admiraba.

»La mayor parte de los otros turistas masculinos seguían su ejemplo.

»Por mucho que Gabriel trataba de reprimirse, se veía en sus miradas una ternura particular al fijarse en aquella mujer y ciertos cambios de ojeadas me enseñaron la corriente de simpatía que existía entre ellos.

»Gabriel me quiere, lo sé.

»Siempre ha sido sumamente bueno para mí, y, en verdad, yo le devuelvo su afecto con usura.

»Un día, en una excursión á la Schiltorn, cuya ascensión hacíamos en mulos, como yo veía que el moria de deseo de acercarse á la desconocida, le dije:

»—¿Mi pobre Gabriel, por qué te reprimes? ¡Si soy yo la causa, me marchó á Sologne!

»Me cogió y me besó.

»Y entonces se puso á mi lado y me confesó todo en pocas palabras.

»Sí, el amaba á aquella mujer que cabalgaba á la cabeza de la caravana, con un traje claro, de encantadora frescura: la amaba con pasión, hasta el extremo de hacerla su esposa en cuanto estuviera ella separada de su marido por medio de un divorcio fácil de conseguir.

»El marido no se opondría á él.

»Era solo cuestión de tiempo.

»Sin duda se consideraría este matrimonio como una locura de él, porque aquella mujer era hija natural ó más bien una criatura abandonada á quien nadie había reconocido, pero él se colocaba por encima de esas preocupaciones y la amaba bastante para vencer los obstáculos, aunque fuesen tan altos como los picos que desde el sitio en que estábamos se veían.

»Me miró y me dijo sonriendo:

»—Tú te opondrás á eso tal vez?

»—No tengo derecho para hacerlo.

»—¿Si lo tuvieses?...

»—¿Puedo yo querer otra cosa más que tu felicidad?

»Y añadió:

»—¡Además me agrada, me parece tan dulce!

»—¿La querrás?

»—¿Cuando sea tu mujer?

»—Sí.

»Yo le contesté:

»—¡La querré como te quiero á ti, Gabriel; no lo dudes!

»Desde esta excursión, mi querida Juana, Gabriel es el habitante más feliz de los hoteles de Interlaken y de la Suiza entera.

»Ya no se reprime delante de mí y habla con un calor que indica su grado de pasión por esa mujer con quien he hecho conocimiento.

»Gabriel nos ha presentado.

»Esta mujer se conduce admirablemente, viste muy bien, es sumamente elegante, conoce la música á la perfección y habita una gran villa que tiene unas vistas soberbias sobre el lago.



»En suma, que yo debía estar muy contenta; pero para desnudarte mi corazón, según una de tus frases favoritas, querida Juana, te confieso que hay en él siempre un fondo de tristeza que trato de disimular á mí misma y que va creciendo, sin que pueda conseguirlo, sea la que quiera la distracción que busque.

»¿De dónde proviene?

»Me encontraría perpleja para poder decirlo.

»En verdad no lo sé, pero existe.

»Hace dos días estuvimos en Lucerna veinticuatro horas.

»Lucerna es una de las pocas ciudades en que yo viviría con gusto.

»¡Qué hermoso paisaje!

»¡Y qué misteriosos retiros, llenos de flores, á orillas del inmenso lago de los Cuatro Cantones, tan riente de cualquier lado que se vuelva uno para mirarle!

»Tú sabes que Lucerna hace la competencia á Fribourg con sus conciertos de órgano, que atrae todas las noches una concurrencia considerable á Saint-Leger.

»Entramos allí mi hermano, Elena y yo.

»Ella se llama Elena.

»Elena Noel.

»En la iglesia experimenté una de las más dulces impresiones que he sentido en mi vida.

»No sé el nombre ni la edad del organista que daba el concierto.

»Pero te aseguro que es un gran artista, mi querida Juana.

»Los sonidos de ese instrumento soberbio,

unas veces furioso como un huracán, otras dulce como un canto celeste, me emocionaron profundamente.

»Oí sobre todo una especie de plegararia de una suavidad penetrante que ¿por qué no decirlo?... me hizo llorar.

»Ya sabes que yo tengo bastante buena memoria.

»Mi primer cuidado al venir á casa ha sido hacerme cargo del principal asunto de la plegararia.

»He conseguido tocarla, aunque no con la expresión, ni mucho menos que el artista de quien la he oído, pero creo que cuando volvamos á vernos ya me habré poseído del motivo principal y la oirás.

»No he oído nunca una frase tan conmovedora como la que domina todo ese pequeño trozo de música que pudiera llamarse el canto del dolor.

»Estaremos aquí poco tiempo ya.

»La amiga de Gabriel se nos ha anticipado.

»Desde que marchó ella, mi hermano está sobre ascuas.

»El, tan glacial cuando se le juzga por las apariencias, está dominado por uno de los más violentos amores.

»Es un volcan ignorado.

»Puedo decirte que en realidad su amor se explica.

»Elena es encantadora.

»Se llama Elena Noel, porque nació el día de Noche-Buena.

»No tiene otro apellido.



»Esto es bastante poético.

»¡Pero bastante triste!

»Hasta muy pronto querida Juana.

»Dejamos la Suiza para volvernos á París.

»Al llegar mi primera visita será á tí, á menos que á consecuencia de circunstancias imprevistas te eternices en tu cotentin.

»Si piensas estarte aun mucho tiempo ahí, escribeme á París é insiste con energía para que mi madre me permita ir á pasar contigo unos días.

»Soy una agitada: necesito viajar y cambiar de aires.

»Saluda en mi nombre á tu madre, la mejor de las mujeres, y recibe Juana mía, media docena de besos.

»Tu amiga.

»FERNANDA.

»P. D. No te hablo de mi boda con nuestro primo de Sauves.

»El estado de mi alma no me permite pensar en cambiar de condición, en estos momentos al menos.

»El asunto está aplazado.

»Entretanto tendré el placer de asistir á la tuya y rogar al Todopoderoso porque en tu nuevo estado seas tan feliz como te mereces.

»¿Pero qué va á ser de la buena duquesa cuando ya no tenga á su Juanita para acompañarla?

»FERNANDA.»

## XVI

### Confesiones.

Llegaron los últimos días de setiembre.

La enferma de la calle de Anjou había entrado en el período de la convalecencia.

Las razones que la habían retenido por necesidad en el asilo que debía á un sentimiento caballeresco de su salvador, iban á cesar.

Ya había manifestado ella varias veces su deseo de abandonar la casa á la que la unían tantos lazos de agradecimiento; pero en cuanto abría la boca para expresar su deseo, el doctor Villers la paraba, diciendo:

—Todavía no.

El encanto de Teresa llegaba hasta el doctor.

Le parecía, como á su amigo el marqués de Sauves, que el día que la pobre enferma se marchara les faltaría algo muy íntimo al faltarle los cuidados que prodigaban á aquella cliente, con quien tantas atenciones había tenido y á quien con tanto interés cuidaba.

Una tarde iba á salir, cuando Teresa le preguntó:

—¿Y ahora, doctor?

—¿Queréis abandonarnos?

—Es preciso... ¿Me lo permitiréis al fin?

El anciano suspiró y dijo:

—¿Adónde iréis?

—A casa de mi madre,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO